
Los cómics de superhéroes en los movimientos sociales

ANDREA HORMAECHEA OCAÑA

Libros de Catarata, 2024

DOI: 10.37536/cuco.2024.22.2535

Los cómics de superhéroes

en los movimientos sociales

ANDREA HORMAECHEA OCAÑA



El presente libro que firma Andrea Hormaechea se trata de su tesis doctoral, ahora recogida y sintetizada en una publicación donde muestra su exhaustiva investigación sobre el cómic de superhéroes en Estados Unidos. Tal y como plantea en el prefacio, los cómics suponen un objeto de estudio fundamental para comprender la aceptación de discursos surgidos de los movimientos sociales de la década de los años sesenta y setenta en un medio cultural generalista o enfocado a un grupo social amplio. La hipótesis principal sostiene que el cómic de superhéroe mantuvo una dualidad entre ser sostenedor del *statu quo* y dar espacio a los movimientos sociales. Como demuestra a lo largo del libro, los superhéroes surgen como elementos genéricos del ideal estadounidense (blanco y heterosexual) que siempre van a enfrentarse a agentes del cambio (villanos y supervillanos) con el objetivo de mantener y sostener las estructuras tradicionales estadounidenses. Sin embargo, esta posición se va a ir transformando y actualizando conforme los debates políticos modifiquen la realidad social de los lectores. De esa manera, en los años sesenta surgirán historias que recojan la cuestión de los derechos civiles, el feminismo o el ecologismo, entre otros.

El encuadre de esta investigación lo hace mediante la selección de los principales personajes del cómic estadounidense: Batman, Capitán América, Iron Man, Wonder Woman y Spiderman. Si bien la autora no justifica esta elección en la introducción, a lo largo del libro queda patente que la elección está motivada por la longevidad de estos personajes, la aparición en diferentes momentos (Batman y Capitán América en la edad de oro del cómic de los años cuarenta; Iron Man y Spiderman en la edad de plata de los años sesenta; y Wonder Woman como reflejo feminista en el contexto de los años cuarenta) y su transformación en los años sesenta y setenta como consecuencia de la imbricación de sus narrativas dentro de los movimientos sociales. El libro plantea que estos agentes sociales dialogaron con los medios culturales y que los valores estadounidenses se vieron forzados a cambiar y adaptarse a los nuevos discursos con una narrativa que incluía esos debates políticos en un momento de crisis de la identidad nacional blanca

estadounidense. Sin embargo, como la autora demuestra a lo largo de la investigación, estos cambios no fueron diametrales con respecto a la fundamentación de los personajes de cómics en su primera etapa, sino que siempre bascularon entre la defensa del *statu quo*, la estructura de jerarquía racial estadounidense y la asimilación e integración de algunos colectivos sociales marginales.

El libro se estructura en dos partes diferenciadas: la primera, denominada «Resistencias al *American Way of Life*»; y la segunda, titulada «El cómic en la sociedad estadounidense». Aunque es entendible esta separación, se echa en falta en la primera parte una mayor integración de la temática de los cómics, algo que sí ocurre en la segunda parte. En la primera, Hormaechea aprovecha para exponer la base teórica-metodológica de su estudio. De esta manera, el primer capítulo comienza con el análisis histórico de la construcción del *American Way of Life* desde la fundación de los Estados Unidos. Propone una explicación desde los *cultural studies* en el que la identidad es un constructo cultural materializado a través de una representación social y política con unos símbolos remarcables e identificables como propios y ajenos. Con una bibliografía detallada y pormenorizada, expone la jerarquización racial y la construcción de una estructura político-racial en los Estados Unidos sustentada en la blanquitud. Según señala la autora, la Guerra de Secesión no implicó el fin de la distinción racial y la incorporación a la estructura social y política de los cuerpos no blancos, sino que modificó la exclusión (rechazo de lo negro) por la segregación. Esta última incluye la inclusión parcial donde lo no blanco es aceptado como existente, pero no se le permite participar en el sistema político, hasta lo que la autora denomina la Segunda Reconstrucción, la eclosión de los nuevos movimientos sociales donde se va a cuestionar las bases identitarias blancas y heterosexuales de la fundación estadounidense. Así, los movimientos van a generar una propia autoidentidad a través de sus luchas y demandas, que quedaron al margen de la identidad hegemónica, buscando atraer a grupos que quedaron al margen utilizando símbolos que les permitieran articularse como una comunidad cohesionada.

En los siguientes dos capítulos, realiza un repaso por los principales hitos historiográficos de los movimientos feministas, afroamericano, LGTBI+ y contracultural. Estas páginas reflejan no solo el conocimiento de la autora sobre los movimientos sociales, sino su propia complejidad. La elaboración de un recorrido histórico por estos movimientos resulta imprescindible para comprender cómo los medios culturales de masas respondieron a estos y cómo los cómics se vieron afectados en la elaboración de nuevas historias en las que incluir a estas subculturas e identidades marginales. Para ello cada capítulo se subdivide en dos epígrafes dedicados a cada uno de los movimientos sociales. El primero se enfoca en el movimiento feminista desde su fundación en la década de los años cuarenta del siglo XIX con la convención de Seneca Falls hasta la década de los setenta con la eclosión de los feminismos que incorporaban la cuestión de la raza, el sexo y el género en el debate. En este sentido, la autora remarca el surgimiento de movilizaciones que entronizaban las experiencias y las opresiones de cada grupo como relevantes para marcar su identidad y su relación, tanto dentro del colectivo como hacia otros grupos sociales. Con esta idea, continúa el segundo epígrafe del capítulo segundo en el que expone los principales debates surgidos dentro de la comunidad afrodescendiente en la Segunda Reconstrucción: la asimilación de la comunidad negra dentro del proyecto nacional estadounidense defendiendo la no violencia (Martin Luther King) frente al planteamiento nacionalista de la comunidad islámica (Malcolm X), que consideraba la integración como una imposibilidad de la estructura sociopolítica del país y proclamaba una alteración estructural de las bases identitarias

estadounidenses. Este apartado concluye con una revisión de los postulados del feminismo negro que reclamaban dismantelar la lógica patriarcal y luchar contra la masculinización de lo político y la imagen masculina de los Black Panthers.

El tercer capítulo mantiene una estructura similar al anterior y realiza un repaso por los principales hitos del movimiento LGTBI+ en los años cincuenta y cómo la identidad puritana sobre la que se construye la nación estadounidense extrapola hacia los deseos sexuales no heteronormativos comportamientos delictivos, violentos, abusivos y pedófilos. Tal y como señala en el capítulo, en la década de los sesenta el colectivo homosexual inicia un proceso de rechazo y oposición a la patologización de su deseo y prácticas sexuales en la ciudad de Nueva York, como consecuencia de las leyes de control de los locales de encuentro de la comunidad gay, en el marco de construcción de una idea de ciudad de atracción para el turismo familiar y nacional. En este contexto, la formación de marchas del orgullo gay comienza como herramienta para visibilizar y dar voz al colectivo, además de crear una conciencia de su existencia y su derecho a ocupar el espacio público.

El último movimiento al que presta atención esta obra es el movimiento contracultural, que había mostrado un rechazo hacia el modelo cultural tradicional y las formas de consumo. Este movimiento canaliza la respuesta estudiantil, de rechazo a la posición de las generaciones anteriores, y plantea una posibilidad de superar los problemas sociales mediante la elaboración de un nuevo modelo político nacional que elimine el conformismo y la desigualdad sistémica que había establecido el *American Way of Life*. En el interior de este colectivo surgieron tendencias naturalistas y ecologistas que presentaban alternativas a la individualidad del modelo establecido, donde la defensa del ecosistema se convierte en un pilar de su discurso frente al progresismo tecnológico dominante. Aunque realiza un análisis del ecologismo dentro de la contracultura, lo que más se echa en falta en este apartado es una mayor profundidad del movimiento ecologista y la evolución de este movimiento en la primera mitad del siglo XX. Este pasó de ser una defensa del conservadurismo clásico, contra el capitalismo de monopolios, ha imbricarse con la izquierda estadounidense en contra de la industrialización de postguerra.

La segunda mitad del libro corresponde a la investigación de los cómics donde la propuesta teórica se materializa a través de los diferentes segmentos y personajes de cómic que analiza. Tras una primera definición del cómic en la sociedad estadounidense como medio cultural de masas, realiza un recorrido por los debates sobre la moral y la censura de este medio visual. La autora no solo indica las bases del *Code Authority* de las editoriales para limitar la producción y la temática de los cómics, sino que lo circunscribe dentro de una legislación normalizadora de una moral y comportamiento social. En este sentido, sigue explorando esta idea con el trabajo del psiquiatra Wertham, que en los años cincuenta expuso su tesis principal vinculando los cómics a la delincuencia juvenil y los superhéroes a la formación de ideales que superaban las estructuras morales del bien y el mal e, incluso, que proyectaban comportamientos antimasculinos y homosexuales. Hormaechea vincula de manera inteligente la crítica de Wertham a los cómics de superhéroes a la crisis de valores tradicionales de los años cincuenta, a una sociedad incapaz de comprender los movimientos y cambios sociales que parte de la juventud reclamaba.

A partir de estas críticas, el libro penetra en la morfología de los personajes de superhéroes y los categoriza como personajes con poderes superiores a los mortales, con un concepto de justicia y del bien muy desarrollado al luchar contra el mal con la finalidad de defender a los débiles. Si

bien Hormaechea señala que se trata de una definición simple, la amplía al desarrollar los diferentes momentos de creación y crecimiento de los personajes. Así, en la primera etapa correspondiente al Crac del 29 y la Segunda Guerra Mundial, la representación de la realidad es dicotómica, lucha entre el bien (superhéroe) y el mal (villano) adquiere una morfología física (cuerpo blanco) y espiritual (comportamiento de protección y ejemplo hacia los demás). El superhéroe mantiene el *statu quo* y el villano presenta un interés por el cambio. En sí, reafirman la identidad estadounidense y siguen apareciendo como sostenedores de la estructura racial. No obstante, en la segunda etapa coincidente con los años sesenta y la eclosión de los movimientos sociales, se construye una nueva narración que humaniza a los superhéroes. Tienen problemas que rompen con el ideal de perfección y acercan al personaje a la realidad de los lectores, pero sin romper con la jerarquización racial estadounidense, puesto que se mantienen como reflejo del ideal racial blanco.

Lo que defiende la autora es que la crisis de los superhéroes comienza con la eclosión de los movimientos sociales, que el público objetivo al que estaban destinados cambia y se ven abocados a una modificación de sus narrativas para adecuarse a un nuevo perfil de lector. Con ello se incluyen los debates políticos, se «resemantizan» sus discursos para presentar una historia más acorde a la realidad nacional, con una representación amplia de los grupos sociales. En general, atrae a un nuevo público que pueda sentirse identificado con la imagen del superhéroe y que vea su cultura e identidad integrada. Sin embargo, este proceso se va a quedar a medias, ya que el relato no pasó de ser una representación naif con actores abstractos donde los grupos marginados no llegan a verse identificados, todo por evitar que el lector tradicional (blanco y heterosexual) no sintiera sus bases identitarias atacadas por esa nueva narrativa.

En este cambio, la autora señala unos ejes que vertebran a los personajes y que ella sintetiza en dos: primero, la masculinidad tradicional (solitarios con ideal marcado del bien y de la justicia) se convierte en una masculinidad crítica (rechazo de los valores de la generación anterior y construcción de un modo de vida alternativo), pero en el que siempre se marca la relación entre biología y poder al enfatizar la posibilidad de que cada individuo puede ser un superhéroe frente a la injusticia; segundo, la tradición judía de los dibujantes donde los superhéroes componen un canon mesiánico que construya un nuevo referente para las comunidades judías estadounidenses.

Esta exposición metodológica concluye en los dos últimos capítulos con el análisis de cinco superhéroes: Batman y la cuestión de las sexualidades (heteronormatividad frente a homosexualidad); Capitán América y la identidad blanca americana (qué América representa el superhéroe); Iron Man y el transhumanismo (progresismo y tecnología frente al ecologismo primitivista); Wonder Woman y la cuestión feminista (masculinidad y violencia frente a feminismo y paz); y Spiderman y las nuevas generaciones (la defensa de la comunidad frente al individualismo). Como demuestra este análisis, todos los movimientos sociales incluidos dentro de las historias de estos personajes van a recurrir constantemente a la ridiculización y simplificación de sus discursos. Así, en la mayoría de estas narrativas, el enemigo confunde a los grupos marginados (afroamericanos o ecologistas) para que empleen la violencia en contra de los superhéroes. Al final del relato, el enemigo es desenmascarado demostrando el error en su acción de aquellos que habían confiado en él. Esto resulta de una representación ingeniosa de la realidad donde los colectivos en lucha son fácilmente engañados para actuar en contra del camino idóneo

para la resolución de los conflictos que, en su mayoría, siempre son representados por la opción que elige el superhéroe. En definitiva, se da voz a las subjetividades, pero siempre evitando cuestionar las estructuras de la identidad hegemónica estadounidense.

En conclusión, el libro plantea una hipótesis que vincula los *cultural studies* con la historia social. La obra dialoga constantemente entre discursos y representación con el contexto histórico para señalar la bidireccionalidad del proceso histórico. Así, tal y como afirma en el prefacio, los cómics se nutrieron de los debates sociales de la década de los sesenta y setenta, pero estos movimientos no fueron ajenos a los medios culturales de masas. Al igual que Spiderman y el Capitán América luchaban y denostaban algunos movimientos sociales al representarlos de manera ingenua, otros colectivos como el feminismo encontraron en Wonder Woman un personaje al que acudir para realizar una reconversión de los roles de la mujer estadounidense. En general, la obra está pensada no solo para un público específico universitario, sino que tiene una gran capacidad de atractivo para el lector y la lectora no especializada en temas de investigación académica. Aunque la primera parte es una sección teórico-metodológica, la síntesis de la historia de los movimientos sociales y la reconfiguración del *American Way of Life* lo convierte en una obra para conocer y penetrar en la complejidad de las décadas de los sesenta y setenta en los Estados Unidos. A su vez, la segunda parte, con una lectura más amena, permitirá al público no conocedor adentrarse en el proceso de investigación. Por tanto, supone un libro abierto a la divulgación y transferencia del conocimiento para conocer más en detalle los discursos e ideas proyectados por el cómic como medio cultural de masas.

ISRAEL VIVAR GARCÍA

Israel Vivar García es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid. Sus líneas de investigación se han centrado en el análisis del clientelismo y las redes de poder en América y España durante el siglo XIX y siglo XX donde ha abordado, desde una perspectiva de historia social y local, nuevos enfoques desde los que analizar la formación y composición de redes caciquiles y clientelares en ámbitos rurales en el periodo final de la Restauración, y la pervivencia y transformación de estos de vínculos a lo largo de la primera mitad del siglo XX. En la actualidad, ha continuado esas líneas estudiando las prácticas políticas y sociales del caciquismo con otras formas similares como el caudillismo latinoamericano mediante actores transnacionales que transitan entre ambas orillas del Atlántico.